

## **Desquite (un guiño a Patrick O'Brian)**

Por Jaime Serrano

A media tarde del tercer día, el grumete que hacía el turno de serviola en la cofa del palo mayor del Nuestra Señora de la Esperanza vio un diminuto punto blanco sobresaliendo de la calima por el lado de mar adentro. El grumete se llamaba Francésc, tenía ocho años, y sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

- ¡Cubierta! ¡Velas por la amura de estribor! ¡Lleva alas desplegadas! Gritó con todas sus fuerzas, porque la Esperanza era un pingue de dos palos de ochenta toneladas, y la cofa del mayor estaba a unos buenos quince metros sobre cubierta. Las alas sólo podían significar que era un buque de guerra, y el puñado de figuras que descansaban a la sombra de las velas se levantaron de un salto y corrieron a la banda de estribor a escudriñar el horizonte.

- No veo nada - dijo con voz esperanzada uno de ellos, mientras hacía de visera con la mano para tapar el sol.

- Que Santa Lucía te conserve la vista, iluso - replicó Luis Tornell, el contramaestre, un alicantino calvo de brazos como jamones que desde que nació había pasado más años en el mar que en tierra. - El chaval tiene buenos ojos, por desgracia. Sólo espera un rato -.

La Esperanza hacía rumbo a quince grados, de bolina abierta contra un levante apenas fresco que soplaba desde que les amaneció a la altura de Torrevieja, y que se había mantenido constante desde entonces. A babor el Puig Campana asomaba por encima de la bruma que tapaba la costa, y a una cuarta ya se distinguía la silueta del

Peñón de Ifach. Todos quedaron en silencio con la vista clavada en el mar, y al cabo de unos minutos comenzaron a oírse murmullos entre los hombres cuando el pequeño punto blanco fue visible desde cubierta. El otro barco llevaba rumbo oeste y navegaba en popa cerrada a favor del levante, así que se acercaba con rapidez.

- ¿Dónde está el capitán? - preguntó uno de los pasajeros, - ¿Es que no va a salir? -.

- Hijo de mala madre, el capitán está en la cofa desde antes de que movieras tu sucio culo de la cubierta - le dijo cortante el contramaestre agarrándole la camisa con uno de sus enormes puños.

- Da gracias al cielo que estás con el capitán Grau. Si son ingleses, y un barco que navega con alas a ese rumbo sólo puede ser un perro inglés buscando presas, procura obedecer como no lo has hecho en tu vida, porque es el único capaz de salvarte y evitar que acabes muriendo de tifus en el penal de Mahón, como por otra parte mereces de todas formas -.

El hombre levantó la mirada y allí vio junto a Francésc la figura enjuta de Joan Grau, capitán del pingue Nuestra Señora de la Esperanza, en viaje de Mazarrón a Barcelona con las bodegas cargadas de cincuenta toneladas de planchas de mármol de Macael que valían una fortuna. Por fin el capitán apartó el catalejo, bajó en silencio por los obenques de estribor y al llegar a cubierta se plantó frente a los hombres que estaban allí, tripulación y pasajeros mezclados, algunos visiblemente nerviosos, otros tranquilos. El capitán Grau era de estatura mediana y más bien flaco. Enseguida llamaban la atención sus ojos completamente negros que brillaban en una cara arrugada y curtida por el sol, y el largo pelo oscuro que llevaba muy limpio y sujeto en

una cola apretada. Mientras los miraba uno a uno, el capitán pensó sobre todo en la media docena de pasajeros, canteros de Macael que iban a Barcelona a trabajar en las obras de ampliación de la catedral. Eran de tierra adentro, tan inútiles a bordo como niños recién nacidos, pero gente decidida y fuerte, con el rostro curtido tras años de trabajar arrancando trozos de mármol bajo el sol.

- Visent, ven conmigo a la toldilla - dijo el capitán, - Tornell, vamos a arribar rumbo a Calpe. Que larguen dos cuartas de la escota de mayor y tres de mesana, que ajusten las perchas para navegar al largo, y cuando acaben que arranchen la cubierta. Después que todos coman algo. Y usted, Alfonso, deje de clavar las unas en la tapa de regala, que la va dejar marcada - terminó, dirigiéndose a uno de los pasajeros.

Luego ordenó al timonel que se abriera cuarenta y cinco grados, la dos grandes velas latinas se hincharon tomado el viento, y la Esperanza cayó pesadamente acelerando poco a poco hasta dejar espuma en la estela. El capitán Grau esperó mientras la tripulación ajustaba las velas, y luego se quedó junto a Visent, el piloto, mirando a levante. El punto blanco se había convertido en un cuadrado, y otro más grande comenzaba a distinguirse por debajo.

- ¡Corbeta de tres palos! ¡Ya veo el juanete completo! -. El grito del grumete llegó apagado desde la cofa, y Joan maldijo por lo bajo.

- ¿Cuanto tiempo dirías que tenemos, Visent? -. Visent era de Villajoyosa, como Joan, y navegaban juntos desde que eran niños.

- Está a unas ocho millas. Ahora que hemos cambiado de rumbo andaremos mejor, pero aun así llevarán casi el doble de velocidad

que nosotros. Menos de tres horas, diría yo. Ninguna posibilidad de llegar a Calpe o Altea -.

El pingue era un barco excelente para llevar cargas pesadas de un lado a otro del Mediterráneo, pero no tenía nada que hacer frente a una corbeta de tres palos. Joan se tiraba de los pelos por haber creído al armador, que le aseguró que los ingleses estaban rapiñando por la costa de Francia. Confiado en no encontrárselos decidió arriesgarse y ceñir a rabiñar, alejándose de la costa para pasar el cabo de La Nao esa misma noche. Pegados a tierra quizá hubieran tenido una oportunidad, pensó Joan. Ahora acabarían todos en el penal de Mahón, y no quería volver allí. Lo conocía más de lo que le hubiera gustado, y no tenía ningún deseo de saludar a sus antiguos carceleros. Además, estaban cerca de Villajoyosa, y le fastidiaba especialmente que le capturaran tan cerca de su casa.

- Se me está ocurriendo algo. Llevamos a bordo el doble de gente de lo habitual, y eso no lo esperaban. Y tenemos un poco de tiempo -. Joan Grau se quedó con los brazos en jarras, mirando las velas que les perseguían. - ¿Te has fijado en que los canteros tienen la cara casi tan morena como nosotros? Vestidos de otra forma podrían pasar por marineros... -. Visent arrugó el ceño y después sonrió. Sabía mejor que nadie que la fama de su capitán era merecida, y estaba deseando saber qué se le había ocurrido esta vez.

- Llama a Tornell -, siguió Joan - así no tendré que explicarlo dos veces -.

\* \* \*

- Qué limpios tienen los barcos estos hijos de la Gran Bretaña - masculló Visent agarrado al pasamanos, mirando la corbeta que se balanceaba en facha a veinte metros de la Esperanza, con una culebrina todavía humeante. El disparo de aviso les había cruzado la proa más cerca de lo estrictamente necesario, seguramente, pensó Visent, porque el artillero habría observado que el pingue llevaba hundida la línea de flotación. Una línea de flotación hundida significa una carga pesada, y el inglés estaría ya oyendo tintinear en su bolsa la parte del botín que le correspondería en el reparto. La Esperanza también llevaba culebrinas, dos en cada costado, pero no era esa la cuestión, sino la fila de cañones de doce libras que asomaban por las portas abiertas del costado de la corbeta. Sobre ellas se agolpaban los marineros ingleses mirando al pingue con regocijo, y en el alcázar podía ver a su capitán, gordo y rubio, enfundado en un chaquetón azul que apenas podía abotonarse por encima de la barriga y tan alegre como su tripulación. Ya puede estar contento el jodido, se dijo Visent, que sabía que los capitanes ingleses se embolsaban la parte del león del valor del cargamento de las presas capturadas. Poco después una ballenera pintada de blanco inmaculado se separó del costado de la corbeta, transportando un oficial y una docena de infantes de marina vestidos con casacas rojas que nada más subir al pingue tomaron posiciones en cubierta apuntando a la tripulación. El oficial inglés se tomó su tiempo en examinar la Esperanza, y luego se encaminó a la timonera buscando al capitán. En los mercantes pequeños no se suele llevar uniforme, así que Joan le había dejado a Visent el catalejo y su mejor chaqueta, y tal como esperaban, el inglés pensó que estaba al mando.

- Dígales a sus hombres que bajen al sollado - ordenó el oficial en un español que se entendía a duras penas. Arrinconados por los mosquetes de los casacas rojas estaban los canteros, todos ahora vestidos como gente de mar, con el torso desnudo y pantalones de dril, y Francésc, el grumete, y a un gesto de Visent descendieron por la escala con expresión resignada. Mientras lo hacían uno de los ingleses arrugó la nariz y dijo algo en voz alta, y sus compañeros se rieron a carcajadas. Ya veremos quien se ríe al final, pensó Visent, que había oído que los ingleses solían hacer bromas sobre el olor a ajo de los barcos españoles. Luego el oficial quiso que le mostrara el cuaderno de bitácora y la documentación del barco, y por fin lo encerraron con los demás dejando a dos infantes de marina de guardia junto a la escotilla.

Bajo cubierta el calor era asfixiante, y esperaron en silencio, empapados en sudor y apretando los dientes cada vez que oían los pasos de los ingleses.

- ¿Tardarán mucho? - preguntó uno de los canteros.

- ¡Silencio o nos perderás a todos! - ordenó Visent en voz baja.

Joan Grau había contado con que el capitán inglés no se arriesgaría a pasar la noche junto a la Esperanza, despachándola a Mahón con una tripulación de captura antes del ocaso. Además de que cuanto antes la llevaran allí, antes se haría la subasta de la carga, y quizá cuando la corbeta regresara de su crucero de caza se encontraran ya hecho el reparto del botín. Joan no se equivocaba, y después de un par de viajes de la ballenera el pingue puso rumbo mar adentro en dirección a Menorca, mientras la corbeta se perdía poco a poco al sur.

- ¿Cuántos se habrán quedado? - preguntó uno de los canteros que se cocían en el sollado, agarrado a un bao para no perder el equilibrio. En su nuevo rumbo navegaban de bolina contra el levante y aunque había poco viento, la Esperanza aguantaba una pequeña escora.

- Espero que no más de seis o siete en total - contestó Visent. - El problema son los infantes de marina, espero que sólo haya dos. A los capitanes ingleses no les gusta dejar tripulación atrás.

Era muy importante cuántos infantes de marina se habían quedado, porque la Esperanza tenía una popa muy peculiar. A su anterior armador no le gustaban las popas afiladas típicas de los pingues y le hizo añadir un saliente que rodeaba la toldilla y ensanchaba el casco casi desde la superficie del agua. Bajo ese saliente había un hueco junto al codaste, y allí, sujetos firmemente a unos cabos, se escondían el capitán Grau, el contramaestre Tornell y tres marineros de la Esperanza, cada uno con un sable. Fueron cuatro horas de sufrimiento, atados para no caer al agua que les bañaba los pies, hasta que la luz se hizo cada vez más tenue y por fin cayó la noche. Para salir al exterior de la popa tenían que entrar un poco en el agua y aunque la Esperanza sólo andaba tres nudos escasos contra el levante, era un momento difícil. Si alguno se dejaba arrastrar no podrían hacer nada por él. Joan pasó el primero, y al poco los cinco estaban colgados del exterior del casco, sujetos a las escalas de cabos que habían dejado preparadas. Para evitar que los ingleses las vieran durante el abordaje las habían embadurnado de brea, y sobre el casco pintado de negro de la Esperanza apenas se las distinguía. La última parte del plan estaba bajo la regala de la toldilla, invisible desde cubierta, donde habían dejado los dos mosquetes que había a bordo

de la Esperanza envueltos en una tela encerada para protegerlos del agua. Los desenvolvieron con cuidado y treparon como gatos hasta quedar agachados detrás del coronamiento. Un marinero inglés manejaba la rueda de la Esperanza, vigilando la bitácora a cada poco, y otro le acompañaba en la guardia un poco más adelante. El que timoneaba hizo poco ruido al desplomarse cuando el cuchillo del capitán Grau se clavó en sus riñones, pero fue suficiente para que su compañero se volviera. Su grito se apagó en un gorgoteo cuando el sable de Tornell lo atravesó de lado a lado.

- ¡A la escotilla! ¡A la escotilla! - gritó Joan Grau mientras se colocaba en posición con uno de los mosquetes. El otro estaba en manos del mejor tirador de su tripulación. De su puntería dependía que liquidaran a los ingleses o terminaran flotando muertos en la playa de Altea, porque los infantes de marina estarían durmiendo junto a la escotilla, y abrirla era su única oportunidad. Dos disparos sonaron en rápida sucesión, y los dos casacas rojas se desplomaron entre las sombras. Los marineros ingleses dormían en cubierta, y al oír los disparos se parapetaron tras el tambucho. No contraatacar de inmediato fue su perdición, porque Tornell y otro marinero estaban ya liberando a sus compañeros y Visent, Francésc y los canteros salieron a la carrera a coger los sables y los mosquetes de los infantes de marina caídos.

Aún hubo que esperar en tensión a que amaneciera, con un último marinero inglés subido a la cofa que pasó allí la noche hasta que los mosquetes apuntándole desde cubierta le convencieron de que se rindiera. Ya con la Esperanza haciendo rumbo a Denia y los



prisioneros a buen recaudo en el sollado, el capitán Grau hizo llamar al oficial que habían dejado los ingleses al mando de la Esperanza. Había sido fácil capturarlo, porque durante el asalto estaba durmiendo en la cabina y se había encontrado con la punta de un sable en el cuello cuando salía a medio vestir. El oficial era la guinda, porque al haber recuperado la presa de los ingleses, la tripulación tenía derecho a cobrar la mitad del valor de la Esperanza y de su carga, y eso era mucho dinero. Los armadores no siempre pagaban de buena gana, pero con el oficial en su poder no habría discusiones, y además en Capitanía les darían un buen adelanto a cuenta del rescate que la Gran Bretaña desembolsaría por él. Está bien ganar de vez en cuando, pensaba Joan, cuando Tornell entró en la cámara acompañando a un joven rubio que lucía galones de teniente sobre el uniforme de la armada inglesa. El contramaestre llevaba una pistola cruzada en el cinturón, y se quedó de pie a un lado, por si acaso.

- *Good morning* - saludó Joan, que en Mahón había aprendido algo de inglés, mientras le señalaba la silla frente a él. - *¿Breakfast?* - le preguntó, ofreciéndole una tostada untada en ajo y aceite y disfrutando intensamente de la cara de asco que puso el oficial al olerla. Sobre la mesa estaban los documentos del inglés y los ojeó mientras sorbía el café.

- *¿Your name Patrick O'Brian?* - le preguntó. El inglés afirmó con la cabeza y entonces Joan Grau sintió, sin saber porqué, unas inmensas ganas de reír.

*Fin*

*La Manga, Julio 2006*